

Dominique Charpin, *La Vie Méconnue des Temples Mésopotamiens*, Collège de France: Les Belles Lettres, Paris, 2017, pp. 254, con ilustraciones y figuras, [ISBN: 978-2-251-44671-4].

Con una dilatada carrera, Dominique Charpin es un especialista en el mundo amorreo de la primera mitad del segundo milenio a.C. y particularmente en época Paleobabilónica. De entre sus publicaciones se pueden señalar *Lire et écrire à Babylone* (Paris, 2008), *Hammu-rabi de Babylone* (Paris, 2003) y *Le clergé d'Ur au siècle d'Hammurabi* (Paris, 1986) junto a una gran cantidad de artículos científicos. Actualmente es profesor en el Collège de France dirigiendo la *Chaire de la Civilisation Mésopotamienne* desde donde realiza una gran tarea de divulgación científica; así como dirigiendo la prestigiosa *Revue d'Assyriologie*.

En esta obra, el profesor Charpin se propone mostrar el papel central de los templos mesopotámicos como distribuido-

res de servicios y no solo como centros de culto. Como bien señala en la introducción, el templo en la antigua Mesopotamia era considerado la casa de la divinidad. Aunque había más de un templo en cada ciudad, siempre había uno en particular que correspondía a la divinidad patronal. Estos santuarios eran la característica definitoria del paisaje urbano, destacándose la grandiosidad de sus construcciones en el paisaje llano del sur iraquí.

Si cada ciudad contaba con un dios patronal, el panteón mesopotámico en general era concebido como una gran familia en la que cada divinidad contaba con un dominio o actividad particular, las cuales no eran exclusivas, sino que podían ser desempeñadas por varios dioses. Desde un punto de vista más terrenal, la gestión de los templos corría a cargo de oficiales y sacerdotes. No obstante, hablar de “clero” sería un anacronismo, pues no todo el personal dependiente de la administración del templo era personal religioso. Estos templos han sido considerados por la historiografía como instituciones encerradas en ellas mismas y celosas de la salvaguarda de sus secretos; una idea que el propio autor se propone a desmentir en esta obra. Así pues, organiza el libro dedicando cada capítulo a la descripción de un tipo de templos dedicados a una divinidad y su relación con la función social o servicio que podían prestar.

El primer capítulo lo dedica al estudio de los santuarios consagrados a la diosa Gula, considerada como la diosa de la medicina. Las referencias a la diosa Gula en textos rituales de curación hacen pensar que posiblemente sus templos fueran centros de sanación. Para confirmar su hipótesis, el autor acude a la información que nos aporta la arqueología, principalmente en el principal santuario dedicado a Gula, el de la ciudad de Isin, entre otros. En este complejo religioso aparecieron exvotos que representan la parte del cuerpo que el oferente deseaba sanar, junto a figuritas de perros que hacen referencia al animal consagrado a la diosa. Por su parte, se ha documentado

también la existencia de una perrera cuyos animales eran utilizados en los rituales de curación (no hay que olvidar que la saliva de los canidos tiene propiedades cicatrizantes). Por otra parte, los templos de la diosa Gula y la propia diosa están relacionados con herbolarios.

El protagonismo del capítulo dos se lo lleva el dios Šamaš, dios del sol y de la justicia. Así pues, considera que posiblemente los templos dedicados a Šamaš, como los de Sippar-Amnanum o el de la propia Babilonia, ejercieran un papel fundamental en los procesos judiciales, como el juramento por la vida del dios, fórmula jurídica por la que se considera que es imposible determinar la culpabilidad del juzgado, ante lo cual éste debe jurar que no ha cometido el delito. Este papel de Shamash en el ejercicio de la actividad judicial no era exclusivo, pues en Ur se ha documentado arqueológicamente el edificio dedicado a la administración de justicia, el *Dublamah*, dentro del santuario del dios Sin, el dios Lunar. En relación con la actividad judicial, Dominique Charpin analiza el papel de la diosa Ningal como guardiana de las prisiones, por lo que los templos dedicados a esta diosa funcionarían como presidios, o bien que estos estuvieran dedicados a la diosa Ningal.

El capítulo tres se relaciona con el anterior al tratar los templos de la divinidad Kittum, literalmente “justicia”, una divinidad menor, probablemente adorada en los complejos religiosos de Sippar y Larsa, dedicados a Šamaš. Su ámbito de actuación se ha relacionado con la gestión de los pesos y medidas. Esto se desprende del descubrimiento arqueológico que se dio en el templo de Larsa en la que aparecieron pesas junto a piezas de metal precioso y pequeños artefactos de arcilla que hacían referencia a las cantidades de metal precioso pesado. Junto a este hallazgo, una serie de textos relacionan esta actividad de pesado con templos dedicados a Kittum denominados Egina. Igualmente se ha determinado que los Egina serían también centros de medición de capacidades. Finalmente,

dentro del mismo capítulo trata también los templos de una divinidad muy discreta, Mišarum, la cual junto a Kittum simbolizan las dos caras de la justicia, la más técnica en tanto que aplicación del derecho y la que hace referencia a la justicia social.

En el capítulo cuarto, el autor analiza los templos como centros de aprendizaje y almacenamiento del conocimiento. Si en un principio, la escritura se puso bajo el amparo de la diosa Nisaba y su consorte Haya, fue a partir del segundo milenio a.C. cuando el dios Nabu los reemplaza al frente de este ámbito. Fueron los templos dedicados a estas divinidades los que ejercieron un papel fundamental, no exclusivo, en la formación de especialistas de la escritura. No obstante, como bien sabemos, a partir del segundo milenio a.C. este papel lo recoge el ámbito privado, dejando de ser la educación una prerrogativa exclusiva de los templos. Seguramente la época más brillante de las escuelas de escribas fue a finales del tercer milenio a.C. durante el reinado de Shulgi de Ur, el gran creador de las E.DUB.BA, las escuelas de escribas. En varios textos los templos de Nisaba, como el de Eridu, Ur y Uruk, son denominados “Templos/casas de la sabiduría”, y en Tell Harmal se encontraron textos escolares asociados a dos templos de Nisaba y Haya. Junto a esta función en el terreno educativo, Dominique Charpin también relaciona los templos dedicados a Nabu con centros de almacenamiento del conocimiento, es decir, bibliotecas. Destaca así las famosas bibliotecas del primer milenio a.C., como Nínive. Al igual que en los demás capítulos, esta función no es exclusiva de los templos a Nabu, sino que también vemos bibliotecas en otros templos como el de Šamaš en Sippar o la de Ishtar en Uruk. Finalmente, los templos a Nisaba y Nabu también tienen una función como archivos asociados al poder real como se advierte en documentos que los denomina Enika, “templo/casa de cuentas”

Por su parte, el capítulo cinco está dedicado a los templos de Ishtar, conocidos en muchos textos como “casas/templos

del placer”. Desde el principio del capítulo, el autor nos introduce al debate científico sobre la existencia o no de una prostitución sagrada. Para ello, lo primero que hace es identificar y definir la prostitución en general en Mesopotamia, la cual está perfectamente documentada tanto en los textos como en la arqueología. Existía por tanto un estatus jurídico de prostituta. Las prostitutas en Mesopotamia ejercían su actividad fundamentalmente en las tabernas; de hecho, muchas tabernas identificadas como tales cuentan con representaciones sexuales en tierra cocida. Analizado este aspecto, Dominique Charpin pasa a estudiar las posibles relaciones entre la diosa Ishtar y la prostitución. En muchos textos literarios se la relaciona con el sexo, como por ejemplo en el propio Poema de Gilgamesh. En cuanto a la relación entre los templos de Ishtar y la prostitución, el autor menciona la denominación de muchos de ellos como “tabernas de pureza”. Por otra parte, contamos con una serie de rituales de índole sexual llevados a cabo en los templos a Ishtar y a oficiales propios de un santuario, supervisando estos rituales. Es evidente, por tanto, que la sexualidad tiene una dimensión religiosa fuertemente ligada al culto a Ishtar.

Finalmente el capítulo seis consiste en una descripción de diferentes divinidades cuyos templos podrían contar con unas funciones específicas. En primer lugar, relaciona los templos de culto a Nergal, dios de los infiernos, como lugares en los que se podían preparar las pompas fúnebres. Si bien el sepelio está documentado en ámbito privado, vemos como algunos de los oficiales de los templos a Nergal son denominados enterradores y lamentadores. Todo esto, lleva al autor a pensar que, en el momento del funeral, una familia podía acudir al templo para la organización de la ceremonia con personal cualificado; o bien podían organizarlo ellos mismos de manera autónoma.

Seguidamente, pasa a analizar los templos del dios Enki, dios del conocimiento de las artes prácticas, asociados a

centros artesanales de alta calidad. Muchos de estos templos son de hecho denominados “templos-taller”. Por su parte, textos de la época de la III dinastía de Ur recogen la existencia de los “grandes talleres del dios Enki”. Sin lugar a dudas, muchos templos de diferentes divinidades contaban con un equipo nutrido de artesanos cualificados, principalmente por la necesidad de fabricación de numerosos objetos de culto. El autor finaliza destacando la especial relación entre los centros de culto a Enki y la disciplina musical, donde se fabrican y se aprendía a tocar los instrumentos musicales.

Por último, el autor pasa a relacionar otras actividades productivas menos especializadas con otros templos y divinidades específicas. Como es el caso de la relación de los templos dedicados a Nanna/Sin, el dios lunar con la fabricación de productos lácteos, como revela la gran cantidad de documentación al respecto encontrada en el templo de Sin en Ur. Otro sería la divinidad Ninkasi/ Shirashu, asociada a la producción de cerveza y cuyos templos serán denominados templo/casa de la cerveza. Uno más serían templos con competencias específicas en la producción de perfumes y aceites aromáticos.

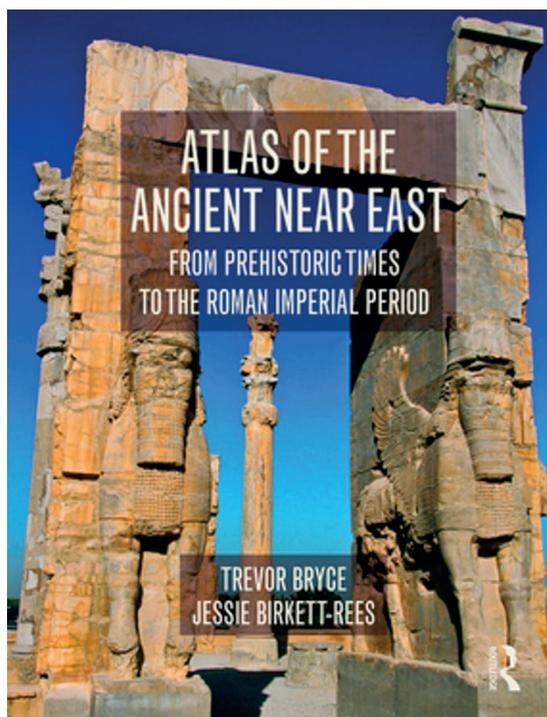
El autor añade en la conclusión unas líneas sobre las grandes divinidades en la cima del panteón Mesopotámico. De ellas que se desprende que, a diferencia de las estudiadas en el libro, dioses como Enlil, Marduk o Assur tenían una dimensión más política. Dominique Charpin establece que, ante la abundancia de la documentación presentada, las funciones desempeñadas en los templos no eran actividades anexas a la función religiosa, sino que eran consustanciales a su propia existencia, en otras palabras, los servicios que distribuían eran parte de su razón de ser. Dichas funciones no eran exclusivas de las diferentes divinidades, ni siquiera del propio ámbito religioso. En torno a estas ideas, el autor finaliza con una serie de reflexiones en torno a la relación entre lo religioso y lo profano en la sociedad mesopotámica, establecien-

do que no existía tal diferencia. Así pues, debemos observar en estas funciones desempeñadas por los templos la dimensión sagrada de toda actividad humana.

En esta obra, el profesor Dominique Charpin nos presenta ese aspecto desconocido de los templos mesopotámicos, es decir, como instituciones distribuidoras de servicios. Es de destacar la gran variedad de fuentes utilizadas, valiéndose de textos literarios y administrativos, por un lado, y restos arqueológicos y representaciones iconográficas por otro. Además de las metodologías que se aprecian en la obra, desde el análisis filológico para la identificación de su función de templos y divinidades, al estudio del contexto arqueológico en donde sitúa restos y textos; pasando por la crítica literaria, el análisis iconográfico e incluso codeándose con las ciencias naturales de cara a ofrecer una visión lo más completa posible de la dimensión social de los templos mesopotámicos. De este análisis, podemos ver que los templos no eran exclusivamente centros desde donde se ejercía el control ideológico de la sociedad además de células básicas de la producción económica. Sino que a estas dos facetas, Dominique Charpin añade una igual de importante, aquella destinada a distribuir servicios dentro del proceso redistributivo y que posiblemente sea la clave para entender el mantenimiento de estas instituciones a lo largo de toda la Historia de Mesopotamia.

Juan Álvarez García
Contratado FPI-UAM

Departamento de Historia Antigua, Historia
Medieval, Paleografía y Diplomática
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Madrid



Trevor Bryce, Jessie Birkett-Rees,
*Atlas of the Ancient Near East: From
Prehistoric Times to the Roman Imperial
Period.*

New York; London: Routledge,
2016. Pp. xvii, 318. ISBN 9780415508018
(impreso). ISBN 9781315734811
(electrónico)

Un atlas actualizado es algo que necesita el orientalismo antiguo para poder tener constancia de los nuevos hallazgos y sitios que han sido estudiados. La obra recurrente entre los estudiantes para la localización y uso de cartografía histórica es el atlas histórico de Michael Roaf “*Cultural Atlas of Mesopotamia (1990)*” y los mapas que sirven de apoyo didáctico en los manuales de Arqueología e Historia del Próximo Oriente, siendo por lo tanto urgente una obra que se ponga al día con los avances e investigaciones que han tenido lugar desde entonces. La obra de Trevor Bryce y Jessie Birkett-Rees “*Atlas of the Ancient Near East: From Prehistoric Times to the Roman Imperial Period*” pretende ofrecer un material completo, revisado y actualizado de las áreas que conforman al Oriente Antigo para los fines el Oriente Antigo.